

PACO ZUERAS

JUAN LUIS GONZÁLEZ-RIPOLL JIMÉNEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Conocí a Paco Zueras a poco de venir a Córdoba, allá por el año 60 y tantos, coincidiendo con el apogeo de las exposiciones de pintura promovidas por el Círculo de la Amistad, presidido entonces por Don Fernando Carbonell, que fue el animador indiscutible de las artes plásticas en Córdoba. En las galerías Céspedes y Liceo se colgaban obras de pintores de todas las tendencias, naturalmente, pero con una marcada predilección por el arte de vanguardia, que irrumpía con un aire renovador por aquellos años, provocando el escándalo de muchos y la fervorosa adhesión de unos pocos. Aun así, incluso los que se rasgaban las vestiduras, calificando a todo lo abstracto de puro desatino, incluso ellos, acudían a las inauguraciones, tal vez para afirmarse más y más en la indignación y el rechazo. La polémica estaba servida cada vez que se inauguraba una exposición de arte abstracto. Pero todo eso era bueno y contribuía a despertar de su letargo a una ciudadanía tradicionalmente soñolienta. Sea como sea, lo cierto es que Córdoba llegó a alcanzar una importancia nacional en el terreno de las artes plásticas, un prestigio solamente superado por Madrid y Barcelona, y sin duda ostentando en ese aspecto el liderazgo de Andalucía. Las exposiciones se sucedían de manera ininterrumpida, ateniéndose a un calendario bien planificado, en el que, por supuesto, tenían cabida todas las tendencias. Muchos de los artistas que venían a colgar su obra en Córdoba, por entonces eran prácticamente desconocidos, estaban muy lejos de alcanzar la cotización que lograrían más tarde, lo que avala muy positivamente la intuición y el sentido de anticipación que tuvieron los responsables de seleccionar las exposiciones, entre los que figuraba Paco Zueras, incorporado desde su llegada a Córdoba a estas tareas artísticas. Entonces no había subvenciones estatales o provinciales, ni menos aún de entidades de ahorro, de manera que todo había de hacerse dentro de unos límites económicos muy ajustados. Los catálogos eran modestos; los cuadros se presentaban sin enmarcar, fileteados tan sólo por un sencillito junquillo de madera, porque así, además, al reducir peso y volumen, el transporte resultaba más económico. Tampoco las

salas eran muy lujosas: La galería Céspedes tenía las paredes revestidas de arpillera, el suelo era de esparto y la iluminación a base de unas tulipas de cartulina, una especie de cucuruchos en los que iba insertada la bombilla y se orientaban con un alambre fijado al cable. Todo era sencillo y un poco rudimentario, y lo que se tenía verdaderamente en cuenta era la calidad de la obra expuesta. Basta echar una ojeada al Catálogo General del Círculo, cuya presentación corrió a cargo de Zueras, para comprender la importancia de los pintores y escultores, de Córdoba o venidos de fuera, que expusieron por aquellos años en nuestra ciudad, auspiciados por el Círculo de la Amistad.

Cuando Paco Zueras vino a Córdoba traía consigo un prestigio de pintor ya consagrado, con una obra copiosa y muy acreditada, de manera que su integración al movimiento intelectual de la ciudad sucedió de la forma más natural, suponiendo para nosotros una aportación inestimable. Mi intención, sin embargo, no es hablarles a Vds. del personaje sino del amigo. No es cierto que los cordobeses seamos remisos a aceptar a los forasteros. Por el contrario, cuando estos lo merecen, los acogemos con la mayor cordialidad, compartiendo con ellos todo lo nuestro. En el caso de Zueras esta fusión era forzosamente inevitable. Su personalidad desbordante, unida a la finura de su espíritu, lo hacían inevitable. Era un hombre que cosechaba amigos por todas partes. Lo admirábamos por su ingente labor, pero al mismo tiempo, disfrutábamos con su amistad. Ahora que ya no está entre nosotros, comprendemos mejor lo que hemos perdido. Su obra desmesurada, como pintor, como escritor, investigador, crítico de arte, conferenciante, tantas y tantas cosas como dejó hechas, apenas se podrían recoger en una extensa biografía. Y a pesar de eso, nunca daba la impresión de ser un hombre apresurado, y siempre tenía tiempo para la amistad. Era un trabajador infatigable, que sin embargo no parecía nunca agobiado por el trabajo. ¿De dónde sacaba tiempo para hacer tantas cosas? Nunca lo sabremos. Un entrevistador le preguntó una vez algo parecido a Don Gregorio Marañón, y este le contestó que él era algo así como un traperero del tiempo, que iba remendando retales de tiempo: leía y tomaba notas mientras comía, leía cuando iba de viaje, en el tren, incluso en el tranvía, en los cortos desplazamientos urbanos, aprovechando todas las migajas de tiempo. Supongo que algo parecido debía ocurrirle a Zueras para poder atender a tantas y tan diversas tareas, y llevarlo todo adelante, y sacarlo a puerto de claridad. Cualquier aspecto de su actividad bastaría para que ahora le recordásemos con admiración, ¿pero cómo pudo hacer compatible al mismo tiempo pintar un cuadro o un mural de tamaño descomunal, escribir un libro, atender a sus colaboraciones de prensa, preparar una conferencia o redactar la presentación de un catálogo, y todo hecho de forma concienzuda: nada de hacerlo a la ligera, para salir del paso. Exigente y riguroso consigo mismo, antes de firmar un cuadro o poner el punto final a un artículo de prensa, había puesto todo su empeño en hacerlo lo mejor posible. Y además, entretanto, sin perder la amabilidad y dedicando generosamente a los demás el tiempo que necesitaba para sí mismo.

Uno de los últimos recuerdos personales que tengo de Paco Zueras es el de una soleada tarde de invierno en que nos encontramos casualmente en la calle y estuvimos paseando juntos por el bulevar del Gran Capitán, que estaba todavía en obras, con los canteros finalizando la pavimentación. Él estaba ya muy enfermo,

y no demasiado optimista en cuanto a recuperar nuevamente la salud. Recuerdo que estuvimos hablando del destino final del yacimiento arqueológico de Cercadillas, que aún estaba dudoso, y la polémica sobre conservarlo o destruirlo cada vez más encendida. Zueras opinaba, coincidiendo conmigo, que debía conservarse íntegramente, a toda costa, que era una lástima dejar perder una ocasión como aquella, que a pocas ciudades se le ofrece, de rescatar completamente un hallazgo arqueológico, puesto que ocupaba varias hectáreas en un descampado, y no como suele suceder, en pequeños solares de imposible recuperación, donde no hay más remedio que conformarse con catalogar lo que se encuentra y construir encima.

También recuerdo a Paco Zueras, quizás una de las últimas veces en que salió a la calle, de noche, en invierno, a través de las cristalerías de Siena, en las Tendillas, sentado frente a Manoli, su mujer. Y recuerdo su expresivo saludo, su ancha sonrisa, y el destello amistoso de sus ojos detrás de los cristales azulados de sus gafas. Su boina y su jersey de cuello alto, el pelo muy crecido en la nuca, la bufanda y la pelliza azul marino colocadas en la silla de al lado. Un cierto desaliño indumentario, como Don Antonio. Sin perder nunca, ni entonces muy enfermo, ni nunca, su encanto personal, su talante de liberal puro, austero y sencillo en su grandeza. Aquella noche me quedó el deseo de entrar a saludarle, y ahora me queda la pena de no haberlo hecho: la timidez es mala compañera. La vida se escribe sin goma de borrar.